Margit Frenk

La defensa de la poesía

Vicente Quirarte

La lírica popular en nuestra lengua ha encontrado en Margit Frenk una de sus estudiosas más destacadas y fervientes. Libros como Las jarchas mozárabes y los comienzos de la lírica románica *y* Entre el folklore y la literatura *la sitúan como un referente obligado para la comprensión del vasto imaginario colectivo en español. El poeta Vicente Quirarte destaca la labor de la investigadora mexicana en este texto leído en el Palacio de Bellas Artes dentro del ciclo* Protagonistas de la literatura mexicana.

Dentro de ocho días, la primavera renovará sus pasos en el mundo, no obstante ingratitudes y bajezas de quienes impunemente lo ocupamos. Con las jacarandas en avance triunfal y anticipado, acentuadas por la blancura hiperbólica del Palacio de Bellas Artes y un cielo ardiente que a todos nos acoge sin distinción alguna, hoy nos reunimos para ofrecerlas y dar gracias a la existencia de Margit Frenk, a su fecundo, generativo, interminable trabajo.

Si invoco esa estación y sus indicios, antes inmortal en nuestro mexicano domicilio, es porque el recuerdo más remoto que tengo de las letras de la doctora Frenk tuvo lugar una primavera intacta en la memoria. En ese libro de aventuras del alma que Edgar Wind titula *Los misterios paganos del Renacimiento, La Primavera* de Sandro Botticelli aparece develada con todas sus potencialidades y secretos. A partir de un pasaje de Ovidio, el pintor representa a Céfiro, el viento de primavera, en pos de la inocente ninfa-tierra Cloris. Una vez que Céfiro la toca, "surgen flores de su aliento y queda transformada en Flora, heraldo resplandeciente de la primavera". Con la Gramática de aliada, la primavera es la única estación de sexo femenino; por tanto, femeninas son las manifestaciones más evidentes de su llegada. Aprendí su proximidad inevitable en el Instituto Renacimiento. Desde los primeros días de marzo, sobre todo en las clases posteriores al recreo, las adolescentes estaban más inquietas que lo habitual. Las adolescentes cumplían un ciclo biológico y los reclamos de la primavera se agolpaban en su sangre. Entre clase y clase, iba a preparar la siguiente a la Plaza Río de Janeiro, espacio sagrado en que confluían el desfile de las muchachas

rompe y rasga de la Cámara de Comercio; las recatadísimas casi monjas del Angloespañol y los uniformes rosa, azul y vino de la Secundaria 86. A pesar de que el diseño de los uniformes se las ingeniaba para dejar casi todo a la imaginación, el esplendor juvenil se mostraba tan victorioso como el David de Miguel Ángel en el corazón de la plaza. Las ninfetas me enseñaban la muy digna profesión de distinguir, como quería Marcilio Ficino, "los diferentes disfraces bajo los cuales la belleza trascendente conversa con el alma". En alguno de los recreos, mientras me fingía abstraído en la lectura del material de la clase siguiente, descubrí plenamente el significado de aquel cantar de amor rescatado por Margit Frenk, donde la doncella amenaza a su compañero:

> Ya florecen los almendros
> y los amores con ellos, Juan,
> ¡mala seré de guardar!

Hay libros escritos sólo para nosotros. Al mismo tiempo escudo y arma, tabla de salvación y barco para navegaciones mayores, reafirman la veracidad paradójica del precepto clásico: no me hubieras buscado si antes no me hubieras ya encontrado. Uno de esos libros fue el *Cancionero de romances viejos.* Entonces nada decía a mi doble ignorancia el nombre de la autora. Todo, esos versos cuyo decisivo arraigo en la memoria y en la carne del alma nacía de su vigor sustantivo y telúrico. Aquel libro, que conservo como una de mis más preciadas posesiones, apareció en 1961 bajo el sello de la Universidad Nacional en el número 20 de la Colección Nuestros Clásicos, que Rubén Bonifaz Nuño y Henrique González Casanova concibieron para traer a las manos estudiantiles las palabras eternas. Con el paso del tiempo, y con la lectura de los sucesivos libros de Margit Frenk, no deja de admirarnos el primer párrafo deslumbrante y definitivo de ese libro de juventud. En él ya se nota una firme vocación y una apuesta en favor de la poesía colectiva:

> En todos los países y en todos los tiempos ha habido cantares populares. Desde épocas inmemoriales, la música conjugada con el trabajo ha acompañado al artesano y al labrador durante el trabajo, ha entretenido los ocios de hombres y mujeres, ha hecho las delicias de los niños en sus juegos, de los ancianos en su reposo. La canción popular es manifestación de vida, y es arte: arte sencillo, a menudo rudimentario, que queda sofocado bajo el peso del "gran arte" de los "verdaderos" poetas y músicos pero que suele poseer una fuerza elemental de que éste carece. Por ello mismo, la cultura superior se ha sentido atraída una y otra vez por la musa popular, y el contacto las ha enriquecido a ambas.

Más de medio siglo después, en el monumental *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica*, la misma autora rinde homenaje a lo que llama "poemitas populares y de tipo popular no narrativos, que se cantaban o decían antiguamente en la península ibérica". Dos

© Javier Narváez

Margit Frenk, 2010

momentos en la defensa de la poesía cotidiana, ésa que acompaña y fortifica los trabajos y los días. En 1946, Margit Frenk publicó su primer libro bajo el título *La lírica popular en los siglos de oro*. Diez años más tarde, Octavio Paz dio a la luz *El arco y la lira*. Y aunque se trata de libros diferentes, una de sus preocupaciones centrales es la búsqueda de la esencia poética, aquello que permite que un conjunto verbal tenga la carga innegable de hallazgo, intensidad y permanencia. Los trabajos de Margit Frenk cumplen cabalmente con el rigor filológico, pero cada uno de ellos constituye igualmente un nuevo desafío, una suma de hallazgos que van iluminando de manera concéntrica nuestra lectura, ya se trata del libro dedicado a los nacimientos de la lírica en España, ya a un artículo deslumbrante como "La canción popular femenina en el siglo de oro", donde explica, de manera rotunda, por qué la palabra *morena* —presente en la poesía desde la *Biblia* hasta los albores de la lírica en España— alude a la doncella que ha tenido relaciones amorosas.

En 1993, Margit Frenk ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua. La silla que ocupó correspondió antes al novelista Mauricio Magdaleno, de quien Antonio Castro Leal dijo que había aprendido "lecciones de rebeldía y esperanza en José Vasconcelos". Carácter es destino. Aunque mucho separa a Magdaleno de Margit, ella ha sido igualmente toda su vida una rebelde y una provocadora, una sembradora de inquietudes en los numerosos discípulos que la siguen. Constantemente les da lecciones de exigencia y humildad —que a final de cuentas son palabras sinónimas— y es la primera en afirmar que cuando un trabajo llega aparentemente a su fin, "al final de la aventura quizá lo que quede es la aventura misma y, como botín, una gran carga de dudas y un pequeño puñado de convicciones". En una entrevista hecha por sus discípulos Evodio Escalante y José Amezcua, interrogada sobre su tesis fundamental de la literatura popular, responde:

> Sospecho que la definición de "lo popular" es y será siempre un quebradero de cabeza para quienes se ocupan de algún aspecto de la cultura popular. Lo que es más, pienso que debería ser siempre un quebradero de cabeza. Una parte de la dificultad radica en el hecho de que no existe realmente *la* cultura popular, la poesía popular, etcétera, sino *una* cultura, poesía, populares de un momento y un lugar determinados.

El título de su discurso de ingreso a la Academia lleva por título *Charla de pájaros o las aves en la poesía folklórica mexicana*, decantación y homenaje a la obra monumental encabezada por ella en el *Cancionero folklórico de México*, aparecido entre 1975 y 1985. Con erudición y gracia, Margit va desglosando la aparición de los pájaros en nuestra cotidianidad, sus dobles sentidos, sus analogías inevitables. Al igual que en otros trabajos, nos enseña por qué la poesía late para siempre en estrofas de la tradición popular que han sido transformadas y pulidas por varias generaciones hasta dejarlas en su mejor momento. Citando a los hermanos Grimm, sabe que "como todo lo bueno en la naturaleza, la poesía popular sale silenciosamente de la callada fuerza del todo". No necesitamos explicarnos por qué nos llegan, con nueva e inusitada fuerza, los versos de *La Llorona*, pero las enseñanzas de nuestra maestra nos obligan a interrogarnos por los secretos mecanismos del milagro:

> La pena y la que no es pena, Llorona,
> Todo es pena para mí.
> Ayer penaba por verte
> y hoy peno porque te vi.

Cinco veces en cuatro versos se repiten los términos pena y penar. Sin embargo, cada una otorga a la palabra un peso distinto, sin necesidad del adjetivo. Esto lo sentimos, pero Margit nos ha enseñado, con su erudición generosa, a saberlo. Como verdadera maestra, nos enseña a leer. Uno de sus libros, que adquirió vida renovada en el cuarto centenario de la publicación de *Don Quijote*, lleva por título *Entre la voz y el silencio*. Y aunque nunca deja de sorprendernos la insaciable curiosidad de la autora, nos ofrece en él nada menos que una historia personal de la lectura. Es uno de los libros más bellos que se han escrito pues supone el paso, que a veces no apreciamos cabalmente, de la lectura colectiva y en voz alta a esa otra forma de liturgia que es la comunión silenciosa del lector con el texto. Una de las metáforas resultantes de este libro de Margit es que al memorizar los textos y repetirlos, el resultado es una serie de variantes y la apropiación de los textos por parte de la comunidad.

Un gran poeta de nuestro tiempo, Jacques Dupin, afirma, en traducción de Iván Salinas:

> Ausente, la poesía siempre lo ha estado. La ausencia es su lugar, su estancia, su terreno. Platón la expulsó de la República. Y jamás volvió. Nunca tuvo derecho de ciudad. Ella está afuera. Amotinada, siempre incómoda, hundida en un sueño activo, una inacción belicosa, que es su verdadero trabajo en la lengua y el mundo, hacia y contra todos, un trabajo de trasgresión y de fundación de la lengua… Insaciable, en el frente y en la retaguardia, en estado germinal, en el tizoneo de los hogares y de los confines, no responde a las preguntas, ella las plantea, las desplaza, las conduce, indefinidamente, más lejos.

Pareciera que la poesía no necesita defensores pues ella se defiende sola, se sostiene a pesar de quienes la niegan. En nuestros días la misión de la poesía, su prin-

Cantigas de Santa María, siglo XIII

cipal anhelo, es el silencio, ese silencio tenso, limpio y hondo, tan necesario para que volvamos a escuchar la palabra esencial. No la poesía como un arte destinado a unos cuantos iniciados —lo cual será siempre parte del secreto inviolable de su naturaleza— sino su ejercicio como una necesidad inevitable, como respirar. Es en ese sentido que Margit Frenk ha sido una constante defensora de la poesía. Además de sus múltiples alumnos que se han convertido en eruditos especialistas bajo su dirección, sus afanes hallan correspondencia inclusive en quienes no son sus discípulos directos: en la amalgama de clasicismo y canción popular presente en algunos de los más altos momentos de Rubén Bonifaz Nuño, en el prosaísmo eficaz de Jaime Sabines, en las canciones apasionadas de Silvia Tomasa Rivera, en el fervor por las calaveras de Luis Miguel Aguilar, autor además de una muy apreciable antología de la *Poesía popular mexicana* e inclusive en autores de las generaciones más recientes como Julián Herbert, Alejandro Tarrab y otros poetas incluidos en la antología que en 2010 preparó Jorge Esquinca bajo el título *País de sombra y fuego.*

He tratado someramente las letras de la doctora Frenk. Pero ahora me toca terminar hablando de su persona. Admiro su sentido de la amistad, palpable en su discurso en recuerdo de don Manuel Alcalá, su antiguo maestro y quien respondiera su discurso de ingreso en la Academia. Una y otra vez manifiesta su sentido de la gratitud como cuando agradece en la edición del Corpus a Mauricio López Valdés, *hacedor de este libro.* No fue poco su trabajo si consideramos que además de la edición del material, el libro incluye 429 páginas de bibliografía e índices.

Me gusta verla en su lugar en la Academia, a la que rara vez falta. Sonriente y aguda, muy niña y muy mujer, en la punta de la silla, siempre lista de participar, pronta a manifestar su inconformidad ante los atropellos que los medios hacen al lenguaje o ante cualquier estatuto en el que puede haber un resquicio de injusticia. Margit Frenk ha sido una protagonista de la literatura mexicana luego de sus numerosos viajes por la literatura que da razón de ser y raíz a la lengua en que nos expresamos la mayoría de los habitantes de este México. Con sus afanes no sólo ha hecho más puras las palabras de la tribu sino nos ha enseñado a tener orgullo de nuestro patrimonio más hondo, ése que llevamos como una segunda piel, como flujo en nuestra sangre. En realidad, el homenaje verdadero es el que nos hace Margit Frenk de manera cotidiana al pensar y enseñar a pensar, al desafiar y sentir, al explorar y enseñarnos, al defender esa poesía que ella nos ha enseñado a hacer nuestra. U

Palabras pronunciadas el 13 de marzo de 2011 en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, dentro del ciclo *Protagonistas de la literatura mexicana.*